

## La niña y el fuego

Fue a los ocho años la primera vez tomando un vaso de leche en la madrugada. El líquido empezó a burbujear y luego sintió el estallido y las hormigas apretándole la muñeca. Esa mañana faltó a la escuela y para ella fue especial porque pudo jugar con “bártulo” que le lamía la mano cortada como si fuera un helado. Además era más linda su casa y allí nadie le decía que era adoptada y sus padres unos monos que la abandonaron porque no la amaban. A veces le nacía una fuerza desde muy adentro, que se le notaba en sus ojos ardientes, apretando los dientes comenzaba a temblar pero nunca movía un pelo. Por eso su mejor amiga, aficionada a las revistas de ciencia, le decía “supernova” porque implosionaba.

Malvina tenía poca paciencia, cuando sentía una corazonada salía impulsada sin medir las consecuencias, y su rulos parecían enredaderas de la selva misionera. En el último año del primario empezó a recibir cartas de un enamorado secreto y tímido que le cautivó la curiosidad, y mandada como era fue víctima de una burla de las compañeras que la molestaban, las mismas que le decían adoptada y ahí ocurrió el accidente. Estaba sentada en clase cuando empezó a sentir olor a madera quemada, de golpe, su banco estaba en llamas, la maestra quiso tomarla del brazo para que no el fuego no la alcance pero Malvina estaba ardiendo, lo que tocaba lo quemaba. Tuvieron que dejarla en el patio del Hospital del pueblo porque al sentarla quemó una camilla, las zapatillas se le derritieron. Después descubrieron que no era en todo el cuerpo sino en sus extremidades.

Los médicos estaban totalmente perdidos, solo veían resfríos y gastritis, y cuando la enfermedad era más compleja la derivaban a la ciudad que quedaba a unos 50km. Malvina se enfrió pero igual esa noche la dejaron en la guardia durmiendo en una chapa por si tenía otra reacción, le pusieron suero y le recetaron ibuprofeno cada 8hs. La madre no se despegó de su lado en toda la noche y tampoco le soltó la mano y eso era lo que a la niña la dejó dormir como un ángel sin sentirse que estaba endemoniada como sugirió una enfermera. Su padre se quedó haciendo todo el papeleo para que la trasladen a la ciudad, y fue así que a la mañana siguiente la vieron los médicos y como los relatos no coincidían con los estudios la derivaron a la capital de la provincia donde estuvo internada una semana.

- Hay varios casos ya - le dijo el médico clínico - hace un mes llegó una señora que cuando habla corta la piel de la gente, y esa misma semana un

joven que se tira gases y genera huracanes. Los tenemos aislados, son un grupo de enfermedades nuevas que las denominamos E.T.I (Enfermedades de trastorno inexplicable), lo que hacemos es medicarlos bajándole las defensas, inactivamos algunas partes de los lóbulos cerebrales, según el síntoma, y estamos atentos a ver cómo reacciona el paciente. Mami, Papi, de ahora en adelante Jorgelina tiene que entender que su calidad de vida ha disminuido pero por suerte va a estar contralada.

- Malvina se llama – interrumpió la madre, ¿y cuánto tiempo la va a tener que tomar a la medicación?

- Por ahora de por vida, después como son los avances de la ciencia seguramente encontremos algo más efectivo, alguna operación. No se descarta la posibilidad de que sea estrés o algo psicológico, ¿tiene algún antecedente en la familia. Algún tío pirómano, una abuela friolenta?

Pasaban los meses y Malvina empezó a sentir que el tiempo había tomado otra sustancia, que entre el vaso de leche y los ataques de jaqueca y vómitos que le producían los medicamentos solo había registrado que las escaleras eran más pesadas y su perro ya no tenía el olor de siempre. No pudo ir mucho a la escuela en ese tiempo y su amiga venía a visitarla todas las tardes ya que se había propuesto responder con la ciencia lo que los médicos no pudieron responder con la medicina. Hizo la terapia con caracoles, hormigas y abejas pero no daba resultado, anotó en su cuaderno que las hormigas le despertaban el diablo que encendía la chapa donde ahora dormía supernova. Las hierbas medicinales también la encendían y todo lo que tenga que ver con la selva, hasta en el día de su cumpleaños que lanzó una llama por la boca cuando como la selva negra que le hizo la tía Bety. Todo eso anotaba en el cuaderno.

Una noche, Lorena la científica, tuvo un sueño y despertó abrazada a un árbol, tenía colgado su morral y adentro unos yuyos que cuando se los dio de oler a Malvina, ésta lloró y sus lágrimas se hicieron vapor antes de llegar a la boca.

- En el sueño, el árbol me dijo que la enfermedad es solo una palabra. Yo no le entendí y me contestó, si una sola persona de este pueblo está convencida que los perros hablan está loca, pero si todo el pueblo está convencido, entonces pasa a ser una verdad.

El olor de este yuyo me es conocido – dijo Malvina, y en eso le vino una foto de una puerta abriéndose a patadas. – Creo que estaba mi mamá en esa foto

– Laura, dice su amiga.

– No, mi primera Mamá

- ¿y qué más ves?
- No sé, esta borroso.
- ¿Y escuchas algo?
- Sí, la radio. Suena como un partido de fútbol, juega Argentina, pero la foto la veo roja y hay gritos, yo estoy temblando, un cigarrillo me quema el pie, creo que se calló de la boca de mi mamá.
- ¿Hay alguien más en la foto?
- No, yo aprieto en los brazos mi pecera con hormigas y esta fría, pero el pie me arde porque el cigarrillo me dejó una ampolla caliente. Entran unos hombres a la casa y nos llevan. Pero nos tapan los ojos, Le hacen preguntas a mi mamá pero no responde, la golpean y yo quiero defenderla pero uno de los hombres me tiene inmovilizada entre sus brazos. Malvina se largar a llorar y Lorena anotó todo lo que pudo en su cuaderno para después en su casa hacer ciencia, unir los elementos comunes.

En esos días estuvo mejor y pudo levantarse de la cama, en el almuerzo le pregunto a Laura, su segunda mama, sobre la familia biológica que por timidez nunca se había atrevido a hablar.

Esta charla ya no la recuerda mi abuela o quizás no me la quiso contar pero en sus ojos pude ver el color de una estrella apagándose a millones de kilómetros y mientras daba sus últimos pulsos ella me seguía contando.

Con mamá y papá hicimos una estrategia para dejar de tomar las siete medicaciones que me daban los médicos ya que mi salud cada vez empeoraba más. A las dos de la tarde había cambio de turno en el hospital y ahí mi papá me cargo upa mientras mamá distraía a los de la mesa de atención. Al estado que nos perseguía con unas planillas que certifiquen que yo tomaba la medicación lo engañamos fingiendo un viaje al exterior en busca de una salud del primer mundo.

Laura fue a visitar curas y chamanes, papa empezó el psicólogo y otras terapias, y todo eso porque una noche en el hospital vimos una película donde un sacerdote les planteo una carrera a los niños de una tribu, el primero que llegara se quedaba con las golosinas que había de premio. No lo podíamos creer cuando todos se dieron la mano y llegaron juntos, como si fueran un solo cuerpo. Nos miramos los tres y comprendimos que si cada uno hacia algún cambio en su vida quizás yo dejaba de estar mal. Con el tiempo mi papá empezó a ser más dulce, me contaba historias, me mimaba, y al vecino que siempre le dejaba la caca del perro en la vereda una vez le pegó tal grito que se hizo respetar al punto de que se hicieron amigos y Alberto, el vecino, me traía un chocolate cada vez que venía a

visitarnos. Mi mamá cambió el trabajo y estaba más tiempo en casa porque empezó a hacer lo que gustaba. Yo fui aprendiendo que tenían más fuego mis palabras cuando alguien me atacaba que quedarme callada ardiendo como una estrella a punto de implosionar y así ya no me molestaron más, después tuve que aprender a decir bien las cosas y me enamoré de un chico y después de otro mientras estaba de novia y me di cuenta que me gustaba ayudar a la gente, así que empecé a estudiar medicina y cuando me di cuenta ya hacía quince años que no se calentaba mi cuerpo y sin tomar ningún medicamento. Lorena me decía que eso es porque según sus cuadernos descubrió que el cuerpo habla para esforzarse ante una situación o para denunciarla y que siempre se resuelve en grupo pero viste que ella es media volada, mi mamá me decía que eran los yuyos del chaman y las oraciones del cura, papá me dio todos los gustos que pudo y creo que fue un poquito de todo lo que me sanó que en definitiva, en ese momento, era una búsqueda desesperada de amor, y el amor brotó por todas las fisuras que tiene la verdad a la que tanto miedo le tenemos que ni nos atrevemos a preguntarnos si es verdad.

Autor: Agustín Priotto